

-36- moralista que, aunque podía ir adornada con elementos grotescos, solía calar muy hondo. Los temas centrales de éstos procedían de la tradición del romancero y del teatro barroco español y hacían referencia a asuntos religiosos e históricos, o versaban sobre caballeros cautivos, audaces bandoleros o simples y prosaicas historias domésticas. Son muchos los romances que se conservan, sobre todo del siglo XIX y principios del XX - verdadera época dorada de este tipo de composiciones -, cuyos contenidos hacen referencia a temas de actualidad, muy parecidos, salvando costumbres y ambiente, a los que actualmente podemos hallar en las secciones de los periódicos de hoy día: cuestiones internacionales, guerras y acontecimientos gloriosos, información política y local, crónicas laborales, milagros religiosos... aunque sin lugar a dudas los que tenían más amplia resonancia, y mejor se vendían, los auténticos hits, como diríamos hoy, eran los referentes a sucesos dramáticos y los del "corazón". Gran parte de los primeros hacían alusión a crímenes sanguinarios, explicando con todo detalle la forma en que fueron cometidos. Los amorosos, las páginas del corazón, informaban de grandes pasiones o de desdichados amores. Por otro lado, existían aquellos temas satíricos, tratados con gran jocosidad, en los que se aconsejaba al hombre, por ejemplo, prudencia a la hora de elegir esposa, previniendo sobre las tachas y defectos de las mujeres, cuando no se cambiaban las tornas - aunque eran las menos veces - y eran las faltas e imperfecciones del hombre las que quedaban al descubierto. Sirva como botón de muestra de romances de asesoramiento y advertencia a los varones el siguiente fragmento:

Todo casado me escuche, / todo viudo se suspenda,
 todos los mozos y niños / les suplico que me atiendan,
 que miren con quien se casan, / que no se fien de viejas,
 de mozas, ni de casadas, / ni de viudas zalameras,
 ni tampoco de beatas, / ni de las niñas pequeñas,
 porque aquel que se fiare / le saldrá muy mala cuenta:
 y si me dan atención / explicaré con presteza
 lo que las mujeres son, / manifestando sus tretas,
 sus chismes y sus enredos, / sus marañas y cautelas...

La disposición del romance podríamos decir que era casi siempre la siguiente: Primero se solía empezar con la invocación, encomendándose a la divinidad, a la Virgen o a los santos, para que le ayudara a narrar con acierto la historia en cuestión. En el recitado el autor solía hacer mención de lo tosco de su estilo y consideraba su historia como extraña o admirable. Con esta introducción se buscaba disponer el ánimo de las personas más rezagadas o distraídas para que tuvieran tiempo de acercarse al corro en donde iba a dar comienzo el cantar o declamación.

Al divino Consistorio / de la Trinidad suprema,
 Padre, Hijo y Espíritu Santo, / tres personas y una esencia,
 le pido humilde y postrado / me dé gracia con que pueda
 mover mi rústico ingenio, / y mi pluma vuele diestra,
 para que acierte a escribir, / la fortuna más adversa...

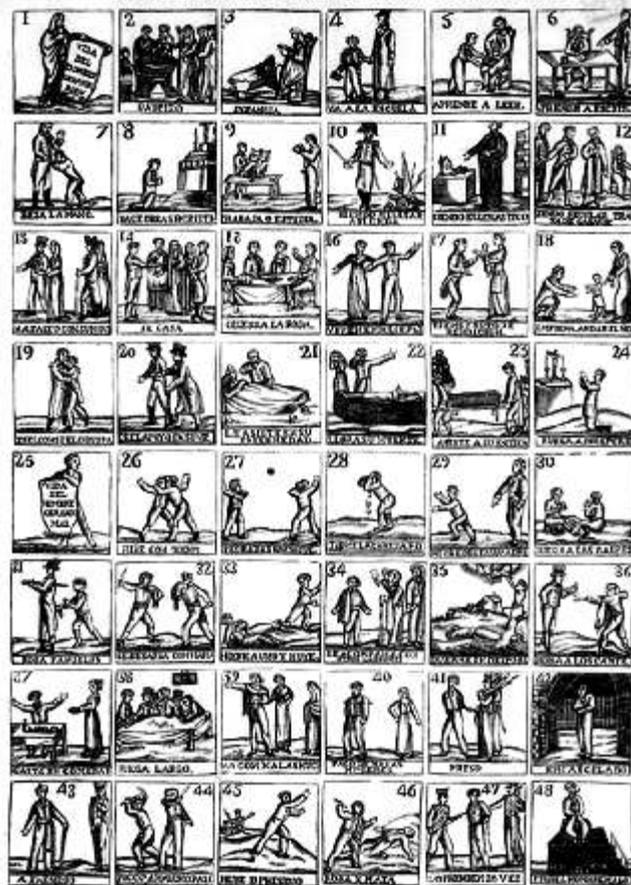
Luego continuaba con el relato ejemplarizante, la dramaturgia principal, estructurado con los elementos clásicos de planteamiento, nudo y desenlace, dentro del reducido espacio que ofrecía la obra, a través de los cuales se narraba lo truculento de las situaciones o los amores apasionados o desdichados, con predominio de la parte narrativa sobre los diálogos. En el caso de que la narración fuera larga, con el fin de que no se marcharan los potenciales clientes allí reunidos, hacían pausas o intermedios, que a veces aprovechaban para vender potingues milagrosos, medicinas, cartas o el famoso calendario zaragozano, para después anunciar la continuación del recitado de la siguiente guisa:

"Fin de la segunda parte,
 éstas dos no pintan nada,
 la tercera es la que vale..."

Y al final del relato, sin dar tiempo a que el corro se dispersara, se pedía perdón al auditorio por las faltas que pudiera haber cometido, tras lo cual se solicitaba a los oyentes que mostraran su agrado a través de una contribución monetaria y se hacía una invitación a la compra del pliego si les había gustado el recitado:

"Y aquí se acaba el romance
 que en el pliego escrito está,
 sólo diez céntimos cuesta
 a quien lo quiera comprar".

Núm. 12. VIDA DEL HOMBRE, OBRANDO BIEN Y OBRANDO MAL.



Esta forma literaria popular - literaria, pese a su escasa calidad -, literatura heterodoxa, si se prefiere, generalmente desdenada por los creadores cultos, sirvió de esparcimiento al pueblo durante siglos, y en su conjunto ha servido para tener una visión equilibrada de la historia cultural y desarrollo de la época en que fueron creados. Estos romances nos permiten conocer a través de ellos, de un modo directo, cómo era la sociedad que se arremolinaba en torno al personaje del ciego para escucharle y la evolución que se fue produciendo en ella con el correr del tiempo y a lo largo de los cinco siglos de existencia de este género poético-narrativo. Igualmente reflejan los gustos e inclinaciones o las aversiones y manías de una época, así como los personajes ensalzados y los injuriados, los idealizados y los que eran objeto de mofa, primando siempre en la versificación la hipérbola, la exageración, a la hora de las descripciones y de presentar a los "protagonistas", lo que desfiguraba un tanto a los personajes, como es normal y propio en una manifestación literaria que se dirigía a un público muy concreto, y del que se sabía sus preferencias. Muchos de los romances de cordel se han conservado gracias a la tradición oral, pues del mismo modo que hoy los jóvenes aprenden las canciones de sus grupos y cantantes favoritos, igualmente los jóvenes, y los no tan jóvenes, de otros tiempos aprendían los romances de memoria, después de leer y releer numerosas veces las cuartillas con los relatos que recitaba el ciego.

El interés por esta manifestación de literatura popular, manifestación que tuvo lugar en todo el ámbito europeo, ha dado lugar a valiosos tratados. Un estudio de importancia capital en nuestro país, y obra de referencia, es el trabajo de investigación y recopilación de Julio Caro Baroja "Ensayo sobre la literatura de cordel". De no menor importancia es la colección atesorada por del gran erudito del siglo XIX don Luis Usó y Río, rescatada no hace mucho de su absoluto olvido en la Biblioteca Nacional por el historiador Luis Estepa, lo que ha supuesto sacar de su empolvado sueño la mayor colección de romances de ciego existente en nuestro país.

En conclusión, podríamos decir que los romances de cordel constituyen una detallada crónica y que sus autores, así como los ciegos y lisiados encargados de su difusión durante las cinco centurias que abarca este género narrativo popular fueron cronistas inconscientes e involuntarios, tal vez a su pesar, y que todos ellos - obras, autores y difusores - llegaron con el correr del tiempo a formar parte de la memoria colectiva del pueblo.